

HISTORIA

Biblia y traducción (13): «Dijéronse unos a otros: “¡Ea, fabriquemos ladrillos...!”»

Por Juan Gabriel López Guix

«Dijéronse unos a otros: “¡Ea, fabriquemos ladrillos y cozámoslos al fuego!”» (Cantera-Iglesias). Y se sirvieron de los ladrillos como de piedra, y el betún les sirvió de cemento». Se trata, por supuesto, en Génesis 11:3, del momento en que los hombres deciden construir la torre de Babel. Dicho proyecto es visto como un intento de igualar o incluso suplantar a la divinidad; y la arrogancia de querer alcanzar el cielo por medios exclusivamente humanos da lugar a la multiplicación de las lenguas.

La edificación de una ciudad y una torre sería en cierto modo un reflejo del acto divino inicial de creación del universo en tanto que casa o residencia: la primera palabra del Génesis es *be-reshit*, «en el principio», y el nombre de la primera letra es *beth*, que también es *casa* (como en Beth-lehem, «casa del pan»). En cualquier caso, la reacción divina a esa empresa humana constituye el tercer castigo de Yahvé contra la humanidad, tras la Caída y el Diluvio.

En el contexto específico de la Torá o del Antiguo Testamento, el episodio de Babel marca el fin de la narración sobre los orígenes del mundo y la humanidad en su conjunto y la focalización sobre el pueblo y la lengua elegidos: sólo Eber o Héber rechaza participar en la construcción de la Torre y por ello no ve confundidos su lengua ni su linaje. (*Ibri* parece derivar de *abr*, «pasar, atravesar»; y «hebreo» señalaría más bien un gentilicio, «procedente del otro lado [del Éufrates]», es decir, extranjero o inmigrante).

En el contexto general de la Biblia cristiana, el episodio marca una fractura que sólo se reparará en Pentecostés, momento en que la gracia divina en forma de lenguas igneas elimina toda confusión lingüística y permite de nuevo el acceso a la lengua natural, unitaria y pura.

Tal como es interpretada tradicionalmente, la historia de Babel es la historia de una insensatez blasfema. Su secuela, la enojosa necesidad de la traducción, es una invalidez permanente, el estigma indeleble de una desmesura castigada, una T escarlata grabada con fuego divino que nos recuerda nuestra condena a un mundo inferior cuya trascendencia nos está vedada.

Sin embargo, esta interpretación tradicional olvida que en el capítulo anterior, en Génesis 10, se enumeran los descendientes de Noé mencionando que hablan lenguas diferentes. De modo que, tomando al pie de la letra el relato del Génesis, la multiplicación de las lenguas y la consiguiente aparición de la traducción deben de producirse en algún momento tras el Diluvio pero antes de Babel. (Y por ello ha podido hacerse una lectura de Babel en que los hombres se ponen de acuerdo en silencio y construyen con ladrillos de arcilla, como había hecho Dios con el propio hombre, formado también con arcilla y en silencio, con un aliento de vida, sin *fiat*).

En cualquier caso, lo que sí aparece por primera vez en Babel es otro elemento que siempre pasa inadvertido. En Babel, los hombres toman la palabra y hablan por primera vez entre sí: «Se dijeron unos a otros: “¡Ea, fabriquemos ladrillos...!”». Antes, Adán y Eva no han dialogado; Caín se ha dirigido a su hermano, pero el texto hebreo no transmite sus palabras (aunque algunas versiones rellenen la laguna); Noé sólo habla tras la borrachera para maldecir a su nieto. En Babel una humanidad, ya multilingüe según la literalidad del texto, dialoga entre sí y, necesariamente, se traduce. Por lo tanto, el primer acto de diálogo entre los hombres debió de ser también su primer acto de traducción interlingüística. Quizá nuestra autoimpuesta maldición de Babel sea permanecer ciegos al hecho esencial de que, en la construcción de nuestra casa como seres humanos, de nuestra civilización como especie, la traducción es el cemento que mantiene unido todo el edificio.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)